

*Podrás medir el cielo y la tierra,
pero nunca la mente humana.*

Proverbio chino

Bienvenidos al paraíso

Nunca olvidaré el día en que vi el pueblo por primera vez.

Habíamos tomado el tren al amanecer en la estación de Atocha y las horas iniciales las pasé adormilado, mecido por el traqueteo del ferrocarril. Cuando desperté eran más de las diez. Mi madre leía un libro a mi lado y en el asiento de enfrente mi hermana dormitaba acurrucada junto a mi padre, que me contemplaba con expresión risueña. Miré por la ventanilla. El tren atravesaba tierras llanas y polvorientas, y de vez en cuando a lo lejos podía distinguirse alguna ciudad con su campanario o su castillo encaramado a un cerro.

El tren nos dejó en Águilas y desde allí tuvimos que seguir en taxi, porque el autobús no salía hasta media tarde. Por fortuna, nuestro destino no estaba ya demasiado lejos. El taxista enfiló por una carretera comarcal y al poco rato, al doblar una curva, al pie de unos montes negros nos topamos con el pueblo marinero.

—¡Guau! —gritó entusiasmada mi hermana.

Mi padre sonrió.

–Tendrás que aprender a nadar –la amenazó con un guiño.

Cerca de allí se divisaban unos grandes acantilados con un faro y un oscuro bosque de eucaliptos que se perdía hacia la parte norte del paisaje. Por el lado sur, un pequeño barranco serpenteaba en medio de un secarral.

–¡Ya era hora! –rezongó mi madre entre bostezos–. ¡Creí que no íbamos a llegar nunca!

A medida que nos acercábamos, comprobamos que el pueblo era algo más grande de lo que nos había parecido en un principio. Las casas, de color blanco en su mayoría, tenían una o dos plantas y un antejardín con arbustos y flores de colores muy vivos. Por las calles transitaba gente con aspecto veraniego.

–¡Bienvenidos al paraíso! –exclamó alegremente mi padre.

El paraíso se llamaba Gélver. Al localizarlo en el mapa, mi madre había pronosticado que sería un lugar ideal para nuestras vacaciones porque se encontraba «apartado del mundanal ruido», deleitándonos con uno de esos alardes literarios a los que era tan aficionada. Mi padre, mucho más prosaico para las cuestiones geográficas, expresó su particular opinión en lenguaje coloquial:

–¡Vuestra madre quiere decir que eso está en el culo del mundo, chicos!

Gélver era una pequeña localidad de unos tres o cuatro mil habitantes. El paseo con el taxi por las calles del pueblo hasta llegar a la casa que habíamos alquilado fue muy agradable, porque el aire olía a césped recién cortado y a mar, y el cielo, poblado de pájaros, mostraba un color azul increíble.

La vivienda estaba casi en las afueras de la población, muy cerca de la playa. Constaba de dos plantas y la rodeaba un gracio-

so jardín sombreado por un ficus. Las hierbas crecían por todas partes, y una enorme hiedra con flores moradas trepaba por una de las paredes de la casa.

La dueña, una mujer de rostro amable, que debía de tener la edad de mis padres, nos estaba esperando en la puerta. Vestía completamente de negro.

—Hola. Yo soy Palmira.

La casa resultaba acogedora. El salón tenía dos grandes ventanales que lo llenaban todo de luz. Uno de ellos daba al mar y el otro hacia el acantilado, el bosque y el faro. Había una gran chimenea y, en el centro de la estancia, una mesa redonda con un jarrón lleno de flores recién cortadas. Una escalera de madera conducía al piso superior.

—Sus equipajes llegaron sin contratiempos ayer por la mañana. Espero que lo encuentren todo a su gusto.

Mi padre estaba exultante. Dio unas cuantas vueltas por la casa y comprobó que sus indicaciones habían sido seguidas al pie de la letra.

—*Parfait!* —exclamó.

—Cuando me necesiten para algo no tienen más que llamarme. Mi casa es aquella que se ve allí —dijo señalando por un ventanal—. La de la valla amarilla.

—Gracias, Palmira. Es usted muy amable.

La casera nos dejó solos. Mi padre y mi madre se abrazaron como en sus mejores tiempos y se fundieron en un beso. Yo miraba a todas partes completamente fascinado y mi hermana Irene se había quedado con la boca abierta.

—¡Guau! —dijo al fin, cuando recobró el habla.

Mi habitación tenía una gran ventana, orientada hacia el acantilado, una estantería casi vacía, una mesa y un armario muy espacioso.

Estaba colocando mis cosas cuando apareció Irene, excitadísima.

—¿Qué haces?

—Ya ves. Organizándome.

—¿Qué tal la habitación?

—Estupenda. ¿Y la tuya?

—¡Guau!

Irene suele usar la expresión ¡Guau! cuando una cosa le gusta mucho. Supongo que en su *ilimitado* vocabulario no hay otra palabra que manifieste con mayor exactitud lo que quiere comunicar.

En ese momento comenzó a sonar *El Danubio azul* de Strauss. Irene y yo lo conocíamos de sobra porque era el vals favorito de mi madre. Nos asomamos al comedor y nos quedamos maravillados. Mis padres habían tomado la casa como un salón de baile y se dedicaban a danzar sorteando muebles al compás de los violines.

—¡Están como cabras! —susurré en voz baja.

—¡No! —se rebeló Irene—. ¡Están enamorados!

Aunque tenía solo doce años, mi hermana vivía saturada de literatura rosa.

—Me parece que será mejor que desaparezcamos —musité.

—¿Por qué? A mí me gusta ver cómo bailan.

—Como quieras. Yo me largo.

La cocina tenía una pequeña puerta que comunicaba con la parte trasera de la casa. Abrí la cancela y comencé a caminar por un sendero que zigzagueaba hacia la playa. Detrás de mí se iba quedando rezagada la música de Strauss y poco a poco me iba envolviendo el silencio de la tarde.

De pronto, comencé a escuchar otra música, la del mar. Y me sentí feliz.

Capítulo segundo

Todos los muñecos tenían el mismo rostro

EL sendero me condujo hasta un pequeño altiplano que terminaba en un terraplén de unos cuatro o cinco metros sobre la orilla del mar.

Me senté en una roca y permanecí durante un largo rato observando el espectáculo que se ofrecía a mis ojos. En la línea del horizonte divisé un punto negro que debía de ser un barco. A los pocos minutos había desaparecido. A mi izquierda, a unos tres kilómetros, se encontraba el acantilado con el faro y, tras él, el bosque que se perdía en los montes. El terreno que llevaba hasta allí era bastante escarpado. Seguramente habría alguna carretera interior de acceso, pero desde mi posición no podía verla. A mi derecha se extendía la playa, accidentada y rocosa, y un poco más allá el pueblo, con alguna casita que llegaba casi hasta el agua.

El sonido de unas gaviotas me hizo volver la cabeza hacia el faro y mis ojos descubrieron, a unos treinta metros, a una persona que contemplaba fijamente el mar.

¡Era imposible no haberla visto antes! ¿De dónde había salido?

Me acerqué con curiosidad y advertí que se trataba de un chico de mi edad y que parecía no haber reparado en mi presencia.

—¡Hola! —saludé tímidamente.

Entonces me miró. Tenía el pelo rubio, y sus ojos de un azul casi transparente revelaban una profunda tristeza. Daba la impresión de haber llorado.

—¡Hola! —respondió—. Tú eres Daniel, ¿verdad?

Me quedé de piedra.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Gélver es demasiado pequeño.

La respuesta habría sido satisfactoria dos días más tarde, pero yo acababa de llegar al pueblo hacía apenas unas horas y nadie me conocía todavía. El muchacho volvió sus ojos hacia el mar y pareció olvidarse de mí.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Tardó unos instantes en responderme. Tuve tiempo de sentarme y contemplar los movimientos de tres gaviotas que se habían posado a unos metros de nosotros.

—Ángel Rosé —dijo sin volverse.

—No te he visto llegar.

—¿Te gusta la casa? —preguntó sin hacer caso de mi observación.

—¿La casa? Sí. Es muy bonita.

El sol se posaba con suavidad sobre la línea de los montes, como una gran naranja de fuego.

—A mí también me gustaba mucho.

Las enigmáticas palabras me parecieron venir de muy lejos; igual que una voz o una música que suena al otro lado de un tabique. Volví los ojos y descubrí con sorpresa que no había nadie junto a mí.

El muchacho había desaparecido misteriosamente.

Regresé a casa perseguido por las sombras –las de la tarde y la de Ángel Rosé–, que se cernían sobre mí como fantasmas.

Por supuesto, no dije nada de aquel extraño personaje a mis padres durante la cena y menos aún a mi hermana. Me habrían tomado por loco. Pero no me pude quitar de la cabeza el rostro de aquel desconocido. Sus ojos transparentes se me aparecían por todos los rincones de la casa, y sus palabras retumbaban en mi cerebro como un eco apagado. Tenía la impresión de que en cualquier momento volvería a tropezarme con él.

Después de la cena dimos una vuelta por el pueblo. La gente paseaba por las calles o se sentaba en sillas de anea a la puerta de las casas.

En la plaza de la iglesia había una fuente y a su alrededor unos árboles y unos bancos donde vimos grupos de jóvenes. Un bar que se anunciaba como La Taberna de Nicolás tenía dispuestas las sillas y las mesas al aire libre, casi todas ocupadas.

Estábamos tomando unos helados cuando se nos acercó un hombre que fumaba un puro y que nos obsequió con una sonrisa postiza.

–Permítanme que me siente unos momentos con ustedes –dijo sentándose sin esperar consentimiento–. Soy Aurelio Espinosa, alcalde de la localidad. Solamente quiero darles la bienvenida y desearles una feliz estancia entre nosotros.

El hombre hablaba por los codos. Mientras se tomaba una bebida de nombre exótico y devoraba el puro con fruición, nos contó todo lo que desde su punto de vista debíamos saber como visitantes: las costumbres gastronómicas, el censo de habitantes, los milagros de los santos del lugar y los monumentos de interés cultural. Hizo una seña y al instante se acercó un muchacho que andaba por la plaza.

–Este es Gaspar, mi hijo.

El muchacho era una copia física del padre. Debía de tener mi edad, pero abultaba dos veces lo que yo.

—Vamos, Gaspar. Aquí tienes un par de nuevos amigos —dijo señalándonos a mi hermana y a mí—. Preséntales a tu pandilla.

Tanto Gaspar como nosotros nos quedamos cortados. Menos mal que mi padre salió en nuestra defensa.

—Quizá mañana, señor Espinosa. Hoy ha sido un día agotador. Tenga en cuenta que hemos llegado al pueblo a mediodía. En realidad, estábamos pensando en retirarnos ya.

Mi padre se levantó nada más terminar de hablar y los demás lo imitamos.

—Claro, claro. Faltaría más.

Don Aurelio se empeñó en invitarnos y dejó un billete sobre la mesa. Mientras mis padres se despedían de aquel hombre, del que no sabían cómo desprenderse, Irene se acercó a Gaspar.

—*Do you speak english?* —le preguntó de repente.

—¿Qué?

—*My name is Irene.*

Gaspar, atónito, buscó mis ojos, pero yo tampoco supe cómo reaccionar. Mi hermana tenía estas cosas. A la mínima oportunidad, te metía en un buen lío. El pobre chico debió de sentirse ridículo porque desapareció sin despedirse.

Tan pronto como me metí en la cama, me quedé profundamente dormido.

Soñé que Ángel Rosé emergía del mar con la piel verde, llena de escamas, y los ojos vacíos, que me tomaba de la mano y me hablaba en un idioma desconocido. Su mano estaba fría. Luego me conducía por un extraño pasadizo estrecho que tenía a ambos lados pequeñas hornacinas con velas encendidas. El pasillo desembocaba en una gruesa puerta con una vieja aldaba de hierro. Ángel me precedía en silencio. Andaba sin tocar el suelo y su piel, a la luz quebradiza de las llamas, cambiaba de color constantemente.

Abrió la puerta sin dificultad y penetramos en una cámara circular iluminada por dos hachas de cera sujetas a la pared con sendos candeleros. Mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra, pero rápidamente descubrieron qué eran todos aquellos objetos amontonados como en un almacén de chatarra. Eran muñecos. Muchos de ellos estaban rotos y oxidados o cubiertos por el polvo y las telarañas.

Miré hacia las hachas de luz y observé que entre los dos candeleros había un espejo. Me acerqué saltando por encima de hierros y plásticos, pisando la cabeza de un muñeco que lanzó un grito estridente. Vi con estupor que la cera de los enormes cirios goteaba sangre y que lo que me había parecido un espejo no era sino una lápida blanca en la que había escrita una leyenda:

Ángel Rosé. 37-21-1-40-CIII.

En ese momento el muñeco de plástico que había pisoteado volvió a gritar con un llanto espantoso y todos los monigotes desperdigados por la sala lo imitaron. Me volví presa del pánico buscando a mi acompañante, pero había desaparecido. Me hallaba solo.

Miré el muñeco y descubrí que tenía la cara de Ángel. Todos los muñecos tenían el mismo rostro y chillaban horriblemente, observándome con sus ojos vacíos.

Me desperté de forma brusca, empapado en sudor, completamente angustiado.

Con el corazón latiéndome a doscientos por hora, me levanté de la cama y apunté los datos del sueño en la libreta roja que empleo a modo de diario. Volví a colocar el cuaderno en la estantería y comencé a dar vueltas por la habitación para tranquilizarme. La escasa luz de la luna invadía la estancia con una claridad azulada. Me asomé a la ventana y contemplé la noche. Estaba todo tan oscuro que apenas podían distinguirse los relieves y

contornos de las cosas, pero yo adivinaba tras los cristales el paisaje que esa misma tarde había divisado desde mi habitación.

Observé que a lo lejos brillaba una luz verde muy tenue que permanecía inmóvil y muy baja, y pensé que sería la del faro, quizás.

Más calmado, me volví a la cama dispuesto a dormirme otra vez, pero en ese momento advertí que la extraña luz parpadeaba. Aunque desconocía los códigos de los pescadores o los fareros, intuía que aquel destello repetido debía de tener algún significado concreto.

La luz ahora era roja. Se encendía y se apagaba en periodos de tres o cuatro segundos. Poco a poco, la intermitencia se fue haciendo más rápida, hasta desembocar en un guiño epiléptico. Finalmente, desapareció del todo, tragada por las sombras de la noche.

Me metí en la cama y traté inútilmente de dormirme. En la pantalla de mi cerebro se reproducían como en una película mal montada las secuencias de los últimos acontecimientos. Cuando mi padre me llamó para que le ayudara a arreglar el jardín era media mañana y me dolía enormemente la cabeza.

Hacia el mediodía aparecieron por mi casa Gaspar, el hijo del alcalde, y uno de sus amigos. Llevaban bicicletas.

—Hola —dijo Gaspar.

Me quedé sorprendido. No esperaba la visita. En realidad, no esperaba ninguna visita. Me acerqué limpiándome las manos en las traseras del pantalón.

—Hola.

No quería ser descortés o antipático, pero no se me ocurría nada. Nunca he sido demasiado ingenioso para las conversaciones, sobre todo cuando no tengo confianza.

—Este es Esteban —indicó Gaspar—. Le he hablado de ti.

Esteban y yo nos dimos la mano, tiesos como garrotes.

Mi padre pasó por allí canturreando *La donna è mobile qual piuma al vènto* con la azada al hombro, saludó distraídamente y me dijo que ya habíamos terminado el trabajo y que podía hacer lo que quisiera hasta la hora de la comida.

—¿Te vienes con nosotros? —preguntó Gaspar—. Vamos a la playa a bañarnos.

—No tengo bicicleta.

Se miraron contrariados, pero Gaspar reaccionó enseguida. Se bajó de la bicicleta y la dejó apoyada en la cerca del jardín.

—No importa —dijo—. Iremos a pie.

El hijo del alcalde resultó ser menos tímido de lo que me había parecido la noche anterior. A decir verdad, hablaba por los codos, como su padre. Mientras recorriamos el sendero hasta la playa me contó que en el pueblo ya nos conocía todo el mundo y que circulaban extraños rumores sobre mi familia, pero que no debíamos hacer mucho caso de esas habladurías, porque en los pueblos, ya se sabe, a la gente le gusta darle al pico.

—¿Qué rumores? —le corté entre extrañado y divertido.

—Pues, por ejemplo, dicen que tu padre es un médico muy importante y que ha estado en África curando leprosos.

Yo sonreí.

—También dicen que tu hermana sabe hablar más de diez idiomas.

—¿Lo dices por lo de anoche? Eso solo lo hizo para impresionarte.

Llegamos a una cala solitaria y Esteban, que no había abierto la boca en todo el camino, se apresuró a explicar las reglas del juego.

—¡El último paga!

Rápidamente nos quitamos las camisas y nos zambullimos en el mar. Enseguida comenzamos a chapotear entre las

olas, a gritar y a empujarnos unos a otros para calentarnos. A Esteban se le ocurrió sumergirse y emerger del agua con puñados de arena del fondo que nos arrojaba como proyectiles. Gaspar y yo lo imitamos y pronto entablamos una divertida batalla.

En un momento del juego, miré hacia lo alto y me pareció ver una figura que nos observaba desde el terraplén.

—¡Eh, mirad! —exclamé— ¡Allí hay alguien!

Salimos del agua rápidamente y en dos zancadas Esteban y yo subimos al altiplano. Miramos en todas direcciones pero no vimos a nadie. Descendimos decepcionados y nos tumbamos en la arena junto a Gaspar.

La capital de Botswana

CON los ojos cerrados, y arrullados por el rumor de las olas que morían a nuestros pies, nos abandonamos perezosamente a las confidencias. Pronto supe que Gaspar pretendía convertirse en alcalde de Gélver, por dos poderosas razones: en primer lugar, para imitar a su padre y cumplir con una especie de deber familiar, y en segundo lugar, para conquistar a Teresa Torres, de la que andaba enamorado hasta la médula.

—Cada vez que la veo me derrito por dentro.

Esteban se partía de risa cuando Gaspar hablaba de este enamoramiento porque se imaginaba al amigo convertido en un helado de chocolate.

Él, en cambio, soñaba con irse algún día a América para dedicarse al mundo del cine. Había oído decir que en Hollywood se habían puesto de moda los actores hispanos y que necesitaban gente para hacer de extra en películas de acción. Le gustaba imaginarse protagonizando largometrajes al estilo de Antonio Banderas o Andy García, manejando metralletas y liquidando mafias de delincuentes. Alguien le había comentado que cuando fuera un actor famoso tendría que pasarse todo el rato firmando autógrafos,

pero que eso no importaba mucho porque tendría chavalas a porrillo y una cosa compensaba la otra.

Oí un ruido apagado cerca de nosotros. Me incorporé y miré a mi alrededor, pero no vi nada. Mis dos amigos se incorporaron también.

—¿Qué pasa? —preguntó Gaspar.

—Me pareció oír pasos.

—Lo habrás imaginado —dijo Esteban.

Volvieron a tumbarse y cerraron los ojos, pero yo permanecí alerta porque estaba seguro de que allí, junto a nosotros, había alguien más.

El sol se derramaba en hilos de oro sobre la superficie del agua, surcada por lanchas motoras y barcas con vela. Gélver hervía de blancura, atrapada entre los azules del cielo y del mar. A mi izquierda estaban los acantilados, con su faro solitario, y más allá el frondoso bosque de eucaliptos.

Noté una mirada clavada en mi espalda. Me di la vuelta y lo vi, sentado sobre una roca, unos metros detrás de mí. Me levanté despacio y me senté a su lado.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? No te he oído.

El rostro de Ángel revelaba una extremada palidez. Sus ojos azules casi transparentes me miraron con tanta tristeza que me desconcertaron.

—No tengas miedo —dijo con un susurro que se confundía con el sonido de las olas—. He venido para darte las gracias por acompañarme anoche y para pedirte que no me dejes solo.

Las palabras de Ángel me dejaron aturdido. Puso una de sus manos sobre mi hombro y noté que estaba fría y viscosa como el hielo. Volví a mirarlo a los ojos y esta vez vi unos globos azules sin iris, como pequeños acuarios. Me entró el pánico y eché a correr hacia mis amigos. Cuando Gaspar y Esteban me preguntaron qué me pasaba no supe qué decir.

Regresamos en silencio hasta el pueblo. Sin darnos cuenta se nos había hecho tarde y ya nos estarían buscando en casa para comer.

—Bueno... —me apremió Gaspar mientras montaba en su bici—. ¿Nos vas a decir lo que has visto o no?

No tenía ganas de contarle a nadie lo de las extrañas apariciones de Ángel. Ni siquiera estaba muy seguro de que fueran reales y de que no se tratara más que de simples alucinaciones.

—Os vais a reír —dije tratando de ganar tiempo mientras inventaba algo.

Mi madre salió para anunciarme que la comida estaba fría y que ella no pensaba recalentarme la tortilla de patatas.

—Es que me pareció ver que del mar emergía la cabeza de una sirena —improvisé, y mis propias palabras me resultaron absurdas.

Gaspar y Esteban se miraron estupefactos. Debieron de pensar que me había vuelto idiota o algo parecido. De repente, se dejaron caer sobre la hierba y se echaron a reír como locos. La risa de Esteban era tan contagiosa que yo también terminé revolcándome por el suelo y riendo a mandíbula batiente. Las carcajadas debieron de oírse dentro de mi casa porque al instante apareció por allí Irene, limpiándose el tomate de la boca con las manos.

—¿Me podéis contar el chiste?

—*Yes, I do* —respondió Gaspar cuando recuperó el pulso.

—¿Qué dices? —inquirió Esteban.

—Que sí. Le estoy respondiendo que sí —explicó Gaspar.

—¿Le vas a contar lo de la sirena? —se extrañó Esteban.

—No, idiota. Le estoy diciendo que sí hablo inglés.

Irene tiene una habilidad especial para caer antipática. Se sentó junto a nosotros con las piernas cruzadas y puso cara de angelito. Cuando hacía ese gesto, yo me echaba a temblar.

—¿Y sabes cuál es la capital de Botswana?

–Bots... ¿qué? –preguntó Esteban, que se había quedado con la boca abierta.

–Irene –atajé–. Estos son mis amigos. Si no te importa, puedes volver a casa. No estamos en clase de geografía.

–Está bien –concedió levantándose–. Me voy a leer a Robert Louis Stevenson, aunque supongo que vosotros, para ser originales, solo entendéis de fútbol y no sabéis quién es.

Y haciendo un ademán de princesa ofendida se retiró.

–No hagáis caso a mi hermana. Es un poco estúpida, pero se le pasará con los años.

–No te preocupes –me tranquilizó Gaspar–. Estoy acostumbrado. Mi hermana es una fotocopia de la tuya. Tiene que ser una epidemia.

Nos reímos con la salida de Gaspar. Por un momento me imaginé a su hermana, con su misma cara y sus más de noventa kilos, comiendo hamburguesas con mucho ketchup y mucha cebolla y diciendo una tontería tras otra, como Irene.

Mis amigos subieron a las bicis.

–Por cierto, Daniel –dijo Gaspar–, lo de la sirena ha estado genial.

–Oye –propuso Esteban–, si quieres, esta tarde puedes venirte a la Cueva del Moro.

–De acuerdo, pero con una condición: que Gaspar no se traiga a su hermana.

Comí solo. Una triste y fría tortilla de patatas y una ensalada de lechuga con alcaparras. Mis padres y mi hermana habían ido al supermercado para comprar algunas cosas que hacían falta, y, antes de salir, mi madre me pidió que pasara por la casa de la señora Palmira.

Su vivienda distaba unos doscientos metros de la nuestra. El jardín, que parecía abandonado, tenía un par de palme-

ras en el centro y algunos arbustos por las esquinas. Observé que la cerca y las paredes de la casa necesitaban una mano de pintura.

Llamé a la campanilla y, al instante, apareció en el marco de la puerta la figura inconfundible de la casera, delgada y pálida, y vestida de negro. Palmira me invitó a pasar con un gesto.

—Te llamas Daniel, ¿no es así?

Asentí con la cabeza. Ella advirtió mi timidez y sonrió afablemente.

—Necesito a alguien que me ayude a arreglar la casa. Es poca cosa. Ya ves qué estropeado está todo. Debo barnizar y pintar vigas, puertas y ventanas, tirar algunos muebles viejos y hermostrar el jardín.

Mientras hablaba observé que su rostro me recordaba al de alguien. Su pelo rubio estaba recogido en un gracioso moño y algunos bucles le caían sobre la frente. Su piel era extremadamente blanca y sus ojos brillaban con una extraña luz apagada.

—Tu madre me ha dicho que eres muy inteligente.

Me puse rojo y ella me agasajó con una hermosa sonrisa.

—También me ha dicho que un poco de trabajo te vendría bien.

—¿Me está intentando contratar? —pregunté algo confuso.

—Solo te tendría ocupado tres o cuatro días.

Aquello no me lo esperaba. Al parecer, mis padres habían pensado en todo, especialmente en mi tiempo libre.

—Tengo entendido que ya has cumplido dieciséis años.

Me pareció que lo decía con cierta tristeza, pero antes de que le confirmara mi edad desapareció, dejándome con la palabra en la boca. Al instante, volvió con una bandeja sobre la que portaba una tetera, dos tazas y un azucarero.

—Espero que te guste el té.

Acepté la invitación por no desairarla.

—Lo haremos como los amigos, con buena voluntad, y cuando te canses de ayudarme no vengas más. No será necesario que me des ninguna explicación. Lo entenderé.

Había dejado de escucharla porque mis ojos acababan de reparar en un portarretratos que descansaba sobre la repisa de la chimenea. Me levanté hipnotizado y me acerqué hasta situarme delante de la fotografía. Una mujer bellísima vestida con un traje rojo, un hombre muy alto y un chico de mi edad sonreían. Al hombre no lo había visto nunca, pero la mujer era la propia Palmira y el muchacho no era otro que Ángel Rosé.

Sentí su mano en mi hombro y me estremecí. Yo seguía atónito mirando aquel retrato cuando ella comenzó a hablar con un hilo de voz.

—Son mi marido, Ricardo, y mi hijo, Ángel. Hace cuatro meses que desaparecieron tragados por el mar.

Aquella historia era sencillamente imposible: yo había visto a Ángel un par de veces, incluso había hablado con él. Me di la vuelta dispuesto a contárselo todo, a decirle a Palmira que su hijo seguía vivo y que yo lo conocía, pero en el último momento decidí callarme y me quedé con la boca abierta, ahogando mis palabras.

Palmira tenía los ojos húmedos. Se dejó caer en un sillón y prosiguió:

—Mi marido era muy aficionado a la pesca submarina. Tenía una pequeña embarcación a motor para sus escapadas, dos o tres al mes. A veces se tiraba todo el día para traer un par de pulpos, pero él decía siempre que lo de menos era la cantidad que podía coger y que lo más maravilloso era contemplar el fondo del mar.

Palmira exhaló un suspiro, se sirvió un poco más de té y continuó su relato. Yo permanecía de pie mirándola en silencio.

—Mi hijo tenía tu edad —sonrió sin fuerza—, y era muy buen estudiante. Admiraba a su padre y muchas veces se iban a pescar juntos. Mi marido bromeaba diciendo que Ángel era ya un experto en la pesca submarina y que manejaba el arpón mejor que él.

Hizo una pausa, que aprovechó para limpiarse los ojos.

—Pero, perdona —dijo levantándose de improviso—. ¿Qué te importa a ti todo esto? Te estaré aburriendo con mi historia.

—No, no. Continúe, por favor.

Encendió un cigarrillo y se asomó a la ventana. Siguió hablando mientras hacía como que observaba el paisaje detrás de los cristales. En realidad, estaba mirando dentro de sí misma.

—Fue un sábado de marzo por la noche. Al amanecer salieron los hombres del pueblo a buscarlos y no regresaron hasta el mediodía, con las manos vacías. Volvieron a salir al día siguiente, y al otro, y al otro. Incluso los buscaron el Ejército, la Policía y la Guardia Civil con helicópteros y lanchas. Fueron días y noches terribles, sin poder dormir ni un solo minuto. A las dos semanas comenzó a ceder la búsqueda, y la esperanza de encontrar sus cuerpos se perdió antes del mes. Oficialmente han sido dados por muertos.

—¿Y la barca?

—La encontraron la tarde del domingo siguiente a su desaparición, a la deriva y a varios kilómetros de la costa.

—¿Hubo tormenta ese sábado?

—En absoluto. Ricardo jamás se metía en el agua cuando había peligro de temporal. Esa es una ley que respetan los hombres de mar.

Miré mi reloj y vi que pasaban más de quince minutos de las cinco. Gaspar y Esteban estarían ya desesperados.

Palmira me acompañó a la puerta.

—¿Sabes que te pareces mucho a Ángel? —dijo melancólicamente—. Tienes la misma sonrisa.

Me despedí de ella con un nudo en la garganta.